

Era muy temprano, estaba secándome en el baño tras la ducha. Entonces se produjo —nunca sabes lo que te aguarda al filo de cada nuevo segundo— un encadenamiento de hechos aparentemente de lo más banal: el sonido de la plancha, su característico rugido indescriptible; segundos después, la exprimidora, mucho más estentórea. Yo en el baño, desnudo, aplicando la toalla sobre mi espalda. Esos ruidos... ¡Era ella, mi mujer! Yo no podía verla, las paredes me lo impedían. Pero era ella, no podía ser otra persona porque se trataba de mi apartamento, de nuestro apartamento, en el que vivíamos desde la vuelta de la luna de miel en India. Fue algo tan entrañable...

Llevo varios días intentando esclarecer la naturaleza de mis sentimientos esa mañana en la ducha. A veces hago un alto en el trabajo para indagar: cojo una hoja en sucio y me pongo a hacer garabatos con el rotulador verde, procurando abrazar alguna intuición a ese respecto. A mi lado, montones de libros y papeles, y el teléfono que ha empezado a sonar... «Sí, Paco, pásamelo, por favor...».

Rubén me preguntó si iba a asistir a la comida. «¿Qué comida?». Reparé cuando ya era demasiado tarde; claro, incauto de mí, no podía ser otra cosa: «La de mi polla», dijo elevando la voz como un niño que corona con éxito su trapisonda. A Rubén siempre le han gustado estos chascarrillos; también a mí, pero él es infinitamente más hábil: no es la primera vez, ni probablemente sea la última, que me la pega con lo de la comida. A continuación estuvimos hablando de la guerra, del cambio de chaqueta política de un cretino que conocemos desde tiempos del instituto, de la conveniencia de trasplantar mi drago, de lo bonito que sería que el Madrid perdiese 0-6 en casa con el Manchester (y que le diesen un cogotazo a algún chulito), de un restaurante griego en Argüelles... «¿Se vienen a cenar con Marta y conmigo mañana al griego?».

Rubén y Marta se van casi dos semanas a Escocia: es el primer gran viaje desde su luna de miel hace un año en Cuba. «Queremos viajar, hay que disfrutar de la vida». Evoqué las palabras de mi hermana al ver las fotos de nuestra luna de miel india: «Ojalá pueda ver algún día esas cosas tan bonitas con mis propios ojos». Ojalá, ojalá que sí.

Rubén ya empieza a percibir como lejanos

los tiempos de completa precariedad de hace años, cuando trabajaba casi a destajo como cocinero en aquel bingo del barrio de Salamanca frecuentado por vejestorios cargados de joyas y marujas filipinas ludópatas. «Ese filete, ¡adentro!», ordenaba el jefe de cocina, un crápula que se cepillaba buena parte de su sueldo en cocaína, en su adorado coche y en putas: se refería a un pedazo de carne de color negruzco que había caído al encharcado suelo. «No andamos sobrados para tirar la comida, Rubencete». El jefe supremo era otro personaje: un viejo señorito malagueño podrido de dinero —ya había intentado acceder, sin éxito, a la alcaldía de su pueblo de la Costa del Sol— que se pasaba el día tomando finos e incordiando al personal. Un día se les murió una anciana allí mismo, pero para no tener que cerrar prematuramente —con la consiguiente pérdida de recaudación— el encargado de sala decidió ponerla sentada en un sillón a la entrada, de manera que pareciera estar durmiendo. La gente entraba y salía del local sin reparar en que esa señora que daba una plácida cabezadita en el mullido sillón del vestíbulo ya no formaba parte del reino de los vivos. Al cerrar el local, de madrugada, harían caja y llamarían a la policía.